

mi casa; pero S. M., que me quiere de veras, me hizo proposiciones por medio de mi prelado para venir á continuar mi magisterio en estas remotas regiones — y aquí estoy para servir á usted y á Dios... — Y vea usted cómo yo, echado de mi tierra por la revolución, vengo á un país antes agitado por revoluciones y al lado del que trae la paz. ¡Designios impenetrables de Su Divina Majestad!

Se levantó de su asiento fray Tomás después de consultar la saboneta que traía pendiente del cuello y me dijo al salir:

— Ya la conocía de nombre porque había oído hablar mucho de usted... No nos conocimos porque cuando usted llegó á Miramar, ya estaba yo en mi pobre y apartado tugurio toscano... Que todo sea para bien; que usted se divierta...

Al levantarme debe de haber brillado la alhaja que acababa de ponerme al cuello, porque el Padre exclamó con prisa:

— ¡Jesús, qué joya tan linda! ¡No la traiga tan sin precauciones, que la puede perder!.. No sé, pero parece que hay ladrones aquí, en el Palacio, en la casa del Emperador: le han robado á mi señora doña Pepa Cardena casi todas sus alhajas, que las tenía riquísimas... Lo recordé porque cabalmente iba entre esas cosas una medalla riquísima de la orden de Guadalupe... Nunca es bastante el cui-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO RÍEYES"  
No. 1625 MONTERREY, MEXICO





La Emperatriz Carlota

dato que se tenga con las joyas ricas, porque hay cada ladrón... Yo, se lo diré á usted bajo secreto, gusto mucho de las cosas bonitas, y sobre todo de las alhajas: me parece como si en el interior de cada piedrezuela de esas se hallara oculto un ser chiquirritito, pero brillante y movedizo, que me mirara con sus ojuelos penetrantes y finísimos... Su alhaja es preciosa; que la deseche con una de terciopelo verde.

Salió el frailecito y yo pasé al aposento de S. M., que no tardó en llamarnos á fin de arreglarse para la fiesta.

Atendíamos á S. M. Concha Plowes y yo. Carlota era alta, bella, bien hecha, pero desmañada y sin gracia como he visto pocas gentes. Eso que en la tierra se dice, de que parece que la ropa está como colgada de una percha en el cuerpo de las mujeres desgarbadas, con nadie tenía mejor aplicación que con la Emperatriz. No sentía el traje, ignoraba la manera de darle aire, de animarle, de hacerle poseer entidad y vida propias; y por consecuencia, aparecían las riquísimas prendas que usaba como si fueran prestadas, como si provinieran de algún remate al martillo ó de algún arreglo momentáneo en que no se hubieran podido corregir imperfecciones, deshacer arrugas y domeñar pliegues rebeldes.

Sin embargo, Carlota, que era amante de la etiqueta casi tanto como su marido, se metamorfoseaba al ponerse



el atavío de soberana. Le vestimos primero un rico traje blanco bordado de oro con aplicaciones de lindísimos granates y sujeto por broches de esmeraldas. Le ceñimos al pecho la banda de la orden de Malta; le pusimos al cuello una *rivière* de diamantes; después dejamos colgando un collar de tres hilos de brillantes y esmeraldas; le colocamos en el peinado una maravillosa corona de diamantes, rubíes y esmeraldas, que con sus colores recordaban los de nuestro pabellón, y acabamos por echarle á la espalda un manto de terciopelo rojo que ocultaba todas las imperfecciones del corpiño y la falda y que caía en los bellos hombros de Carlota como si fuera su único y necesario complemento.

— Pregunte usted, me dispuso la Emperatriz, luego que el arreglo quedó listo, pregunte usted si el cortejo puede ponerse en marcha.

Salí á la sala de Carlos V y me encontré á Pedro Celestino Negrete organizando el Gran Séquito y más atareado que si tuviera que levantar en peso las torres de la Catedral. Las personas de la primera y la segunda categorías entraban por la escalera de la Emperatriz, la Sala de Yucatán y la Galería de Pinturas, y se trasladaban á la sala de audiencias del Emperador. El Gran Séquito se juntaba en la Galería de Pinturas. La entrada á los salones se hacía por la escalera del Emperador, la Galería de la Guardia Palatina y la de Iturbide.

Pedro dió el recado á Pancho Mora (¡cómo me acuerdo de las pantorrillas de tildío del famoso Pancho Mora!); Pancho lo transmitió á Almonte y yo torné al salón de Carlos V á comunicar á la señora que sus órdenes quedaban cumplidas. Allí estaban ya la condesa del Valle, la mujer de Aguilar, la marquesa de Vivanco, Pepa Cardeña y Concha Tagle, mujer de Adalid. Con el sombrero al tres bajo el brazo, la casaca bordada hasta en las entretelas, el pecho lleno de cruces y la sonrisa más cortesana que pudo ensayar ante el espejo, llegó Pamuceno á anunciar á la Emperatriz que todo estaba dispuesto.

Fuimos hasta la sala de audiencias del Emperador, pasamos á la Galería de Pinturas, cogimos la Plowes y yo los extremos del manto, atravesamos las Galerías de Iturbide y de la Guardia Palatina y bajamos por la escalera del Emperador para tomar la puerta central del Palacio y dirigirnos á la Catedral.

Al llegar á la puerta oímos el himno nacional tocado por las músicas, la marcha entonada por las bandas y la salva de cañonazos rompiendo el aire rítmicamente. Ya empezábamos á caminar por la alfombra que habían tendido desde el Palacio, cuando escuchamos las voces de Pancho Mora y de Pedro Celestino Negrete llamando á las autoridades y corporaciones, que se habían trasconejado lamentablemente por no sé qué disposición de última hora.



Las músicas francesas cantaban á mi oído:

Mas si osare un extraño enemigo  
Profanar con su planta tu suelo,  
Piensa, ¡oh patria querida!, que el cielo  
Un soldado en cada hijo te dió...

La voz de Mora gritaba sin cesar:

- Secretarios de ceremonias...
- Oficiales de órdenes...
- Capellanes honorarios...
- Caballeros honorarios...
- Médicos consultantes...
- Médicos de la corte...

Y el cañón, como si hubiera querido subrayar aquellas voces, decía á cada llamado: pum... pum... pum...

Todavía oímos:

- Empleados superiores...
- Primer médico del Emperador...
- Ayudantes de campo...
- Caballerizos...
- Chambelanes...
- Generales de división...
- Grandes Cruces de Guadalupe...
- Consejeros honorarios...
- Consejeros de Estado...
- Ministros...
- Presidente del Supremo Tribunal...
- Presidente del Consejo de Estado...

- Presidente del Tribunal de Cuentas...
- Intendente general de la lista civil...
- Caballerizo Mayor...
- Limosnero Mayor...
- Gran Chambelán...
- Gran Maestro de ceremonias...
- Dama Mayor...
- Damas de Palacio...

El himno repetía su frase rimbombante; clarines y tambores seguían batiendo marcha, y tras lo de:

Patria, patria, tus hijos te juran  
Exhalar en tus aras su aliento,  
Si el clarín con su bélico acento  
Les convoca á lidiar con valor,

que parecía á aquella hora y en aquel lugar una ironía sangrienta, fueron llamados los destacamentos de la Guardia Palatina, los mozos de espuela, los caballerizos, los picadores, los lacayos, los ujieres y los ayudas de cámara, mientras el cañón repetía acompasadamente: pum... pum... pum...

Nos recibieron, digo, recibieron á Carlota á la puerta de la Catedral, el Cabildo y el Arzobispo, que después de ofrecer agua bendita á la Emperatriz, se incorporaron al Gran Séquito, tomando lugar entre el Limosnero Mayor y el Gran Mariscal de la Corte.

Ofició Labastida que se estrenaba de Arzobispo, como



Carlota se estrenaba de Emperatriz. Entonces vi de cerca al famoso é inquieto prelado. Había engordado un poco, estaba más lucio, más *embarneado*, más aseñorado que en París; pero sus ojos eran los mismos ojos candorosos, sorprendidos é infantiles; su voz era tan meliflua como antes y sus actitudes tan decorosas y discretas como siempre lo

habían sido.



D. PELAGIO ANTONIO DE LABASTIDA Y DÁVALOS

— ¡Ah! pensé, ¿conque eres tú el batallador, el belicoso, el irreducible? ¿conque luchas contra Juárez y contra los franceses y estás dispuesto á luchar contra Maximiliano? ¿Conque te jactas de que puedes levantar al país mediante una palabra? ¿Serás un canalla ó serás un

hombre honrado? ¿Serás un apóstol ó un bellaco?...

Pero maldito el caso que hacía Labastida de mis preguntas: seguía cantando el himno ambrosiano con voz clara y un poco italianizada, exagerando un tanto las finales de palabra y recalcando ciertos pasajes.

Volvimos al palacio conforme habíamos venido; las da-

mas y yo pasamos á instalar á la Emperatriz y luego me reuní con la corte en la Galería de Pinturas.

Pepa Cardaña, la mujer del general Salas, me conocía poquísimo; pero al verme llegar se me dirigió resueltamente:

— ¡Por Dios, señora Jecker, que no me ha dejado usted oír misa con devoción!... ¡Qué alhaja más linda la que trae al cuello! ¿Puedo saber dónde la adquirió?

Como me la habían regalado, podía muy bien decir de dónde procedía; pero no era cosa de revelar intimidades al primero que llegara, que podía muy bien hacer plaza con la noticia, dando un buen día á todos los desocupados de la corte. Por eso en vez de decir: «me la ha regalado mi amante», respondí sin inmutarme:

— Es un viejo recuerdo de familia; perteneció no sé si á mi padre ó á mi abuelo, que fueron caballeros de Guadalupe en tiempo de Iturbide... No he tenido más trabajo que reformar lo que dispone el nuevo decreto.

— Así me lo figuraba, pues sólo en joyas antiguas se ven estas cinceladuras... Yo lo sé tanto más cuanto que un collar mío, igual á éste como una gota de agua á otra, desapareció de mi alhajero sin saber cómo ni cómo no... Era también un recuerdo de familia; perteneció al padre de mi esposo, y es probable que haya sido fabricado por el platero que hizo el de usted.

— ¿Y no será el mismo, señora Salas? pregunté con retintín y haciendo ademán de desprender el broche.